

—¡Te advierto que no consentiré que te burles de mí!—repuso Elvira muy enojada.

—¿Qué es eso? ¿Vas á bordar al fin?—preguntó María á su hermana.

—¡Si; voy á bordar un cuello para mí!—respondió Elvira, poniendo su labor ante los ojos de María;—¡no te figures que me ocupo de Gaspar!

—¡Uf, qué genio!—murmuró Alberto entre dientes.

—¡Ten calma, por Dios!—dijo María suavemente;—¡por todo te incomodas, y tú sufres más que nadie!

María salió, y Alberto con ella, quedando sola Elvira con su bordado y con su enojo.

Así acontece siempre á los caracteres irascibles; todos huyen de ellos, y son al fin condenados á una perpetua soledad.

VIII

NUEVAS BORRASCAS

—¡Pues, señor, tendré paciencia! Sí, sí, es lo mejor; sangre fría. «¡A la Audiencia! ¡No voy más que á la Audiencia!», me dijo el muy embustero. ¿Quién pone tasa á los pasos de los hombres cuando están en la calle? Ellos nunca encuentran la hora de volver á casa. ¡Y Gaspar, que es andaluz!... ¡Pues digo! ¡Habrá encontrado algún

amigo, y si es paisano, estarán charlando eternamente!

Esto se decía Elvira, en tanto que su aguja se movía con una rapidez asombrosa, cuando la puerta se abrió y entró Gaspar furioso.

—¡No hay en el mundo justicia!—exclamó, arrojando sobre una silla su sombrero.—¡Perdido el pleito! ¡Perdido, y con costas! ¡Si hay para pegarse un tiro!

Por efecto de uno de sus bruscos movimientos, se volvió y vió á Elvira.

Acercóse á ella, procurando, aunque en vano, serenarse.

—Vengo rabiando—le dijo; y como observara que ella seguía silenciosa é inmóvil, continuó:

—¿Sabe usted lo que me pasa?

—No, señor—repuso Elvira con dureza.

—¡Vaya un genio que tiene usted, señora!

—¿Le tiene usted mejor?

—¡Sin duda!

—¿Esperaba usted que saliera á recibirle á la escalera con palmas?

—Lo que yo hubiera querido y agradecido mucho, es que al verme usted entrar en casa triste é irritado, tratara de averiguar la causa de mi disgusto para endulzarlo con alguna palabra cariñosa.

—¡Pues no es mala la misión que el orgullo de usted me reserva!—exclamó Elvira.

—¡Misión que usted hallaría dulce y grata si me amase como dice!

—¡Eso es, la canción de siempre!—murmuró Elvira, que sintió agolparse á sus ojos lágrimas de ira.

—¿También llanto?—dijo Gaspar, cuya paciencia, gastaba ya por el disgusto que le había causado el haber oído la sentencia contraria á su pleito, iba tocando en su término.—¡Creo, señora, que aún voy á tener yo que consolar á usted!

—¿Y no sería eso lo más lógico? ¿No ha abierto usted en mi alma una herida muy dolorosa con sus palabras crueles?

—¡Vamos, Elvira, por Dios!—exclamó Gaspar;—no disputemos. Me cansa la continua contradicción en que vivimos, porque soy muy amante de la paz.

—¡Y yo también lo soy!

—Pues tengámosla.

—¿Y se puede acaso con usted?

—¿Quién lo duda? ¿No es usted la que promueve siempre la guerra?

—¡Pues se va usted enmendando!

—¿Pero qué he de hacer cuando veo que usted ni se suaviza ni se desenoja? Usted ha cometido conmigo una falta indisciplinable: se olvida de que estoy disgustado, de que tengo una pena cruel que me martiriza... ¡Nada! ¡Todo lo que yo sufro le es á usted indiferente! ¡Pregúnteme usted á lo menos qué es lo que me pasa!—dijo Gaspar exasperado al ver la fría indiferencia con que Elvira le escuchaba.

—¿Y para qué he de preguntárselo á usted?—dijo ella con frialdad.

—¡Pues me gusta la pregunta!

—El tiempo todo lo calma.

—¡Y yo que vine volando, pensando que usted me consolaría!

—De fijo no lo necesitaría, si no se hubiera movido de mi lado.

—¡Lo mismo!

—¡Qué disparate!

—¡Pero si usted no está enterada de lo que me sucede, si todo lo ignora usted!

—Ni me hace falta saberlo.

—¡Si es que he perdido el pleito que seguía en esta Audiencia!

—No siempre se ganan los pleitos.

—¡Y además, me han condenado á pagar las costas!

—Habrá sido porque no tenía usted razón.

—¡Vamos—exclamó Gaspar en el colmo de la ira, colérico, desesperado,—siquiera por lástima ó por buena educación, diga usted que la sentencia ha sido injusta! ¿Es posible que halle usted un placer en apretarme el dogal que me oprime ya demasiado la garganta?

Gaspar, al decir estas palabras, parecía en efecto sofocado; una púrpura arrebatada vestía sus correctas y hermosas facciones, ordinariamente serenas y alegres; sus ojos despedían chispas. Elvira le halló feo y casi odioso, y no pensó en

que ella era la causa de aquel doloroso trastorno moral.

Las mujeres de talento no provocan jamás esas crisis, que suelen dar tan fatales resultados; pero lo iracundo del carácter de Elvira eclipsaba, no sólo la hermosa luz de su entendimiento, sino hasta sus instintos de piedad. Olvidó que un arrebató como aquel había acarreado la muerte á su primer esposo; no vió el estado casi delirante de Gaspar, y le dijo, con una ironía punzante y cruel, aludiendo á sus últimas palabras:

—¿Y acaso le he puesto yo ese dogal que tanto le ahoga y de que se queja con tanta cólera? A fe que si la sentencia no hubiera sido contraria...

—¿Qué?—preguntó Gaspar con furia.

—Que se hubiera usted ido á celebrar con sus amigos tan fausta nueva; mas como no ha sido así, se vino acá con la laudable intención de que yo le consolara.

—¿Elvira, no haga usted suposiciones injuriosas para mí!

—¿Pero si no hay cosa más natural!—prosiguió Elvira con ironía.—Según ustedes, las mujeres están obligadas á endulzar las amarguras que ustedes se buscan, y á estarse siempre sonriendo... y á sufrir su mal humor... lo mismo que si fuéramos esclavas.

—¿Pues no está usted poco exaltada!

—¿Yo exaltada! ¡Sepa usted que yo no me exalto nunca!

—¿Pero exagera!

—¿Tampoco!

—¿Pues yo digo que sí!

—¿Y yo sostengo que no!

—Si usted meditara un poco, no se entregaría á esos arrebatos.

—Caballero—dijo Elvira,—demos la cuestión por terminada.

—Al contrario...

—¿Hágame usted el favor de callarse ya; ni una sola palabra quiero volver á oírle!

—Pero ¡santo Dios! ¿Qué voces son éstas?—dijo en la puerta María, que entraba al oír aquella acalorada reyerta;—¿qué ha sucedido?

—No sé—respondió Elvira con sequedad.

—Pero...

—Déjame en paz—repuso bruscamente la viuda.

—Aquí llega Alberto—dijo María,—y él aclarará este nebuloso horizonte.

—Ya decía yo—murmuró Elvira—que no tardaría mucho en llegar tu marido. ¡Siempre detrás de ti!

—Pregúntale á Gaspar qué es lo que ha hecho á mi hermana—dijo María á su esposo.

—Pregunte usted, señora, qué es lo que su hermana me ha hecho á mí, y eso es lo más natural—respondió Gaspar.

—Vamos, os exaltáis quizá sin haber motivo.

—¿Cómo sin motivo?—exclamó Elvira;—¡los hay muy grandes!

—¡Enormes!—asintió Gaspar.

—Pero si yo no niego que los haya—repuso María;—mas no es justo que personas de juicio y de prudencia...

—¡María!—exclamó Elvira,—de mi prudencia aún no ha habido quien dude con fundamento.

—Pues yo tengo muy acreditada la mía—afirmó Gaspar.

—Conste que los dos os pasáis de prudentes—repuso María.

—Poco á poco, que yo soy mucho más prudente y razonable que Gaspar.

—¿Usted prudente? ¡A no ser por mí!...

—¿No fué usted quien provocó toda la cuestión?

—Fué usted, Elvira.

—¡Qué calumnia!

—No digo más que la verdad.

—Alberto—dijo María á su marido en voz muy baja,—si no procuramos contentarlos, va á concluir esto muy mal; tú da la razón á Elvira.

—Está bien.

—Hermana mía, Gaspar—dijo María con aquel acento que le ganaba todos los corazones,—es preciso tranquilizarse y escuchar la voz de la razón. Sucede á veces que una palabra sencilla, proferida sin objeto de que lastime á las personas que poseen nuestro amor, se interpreta mal; la imaginación se exalta, y se profieren otras frases poco convenientes.

—Es cierto, señora—observó Gaspar;—y us-

ted ha de perdonarme, porque desde mi llegada he venido á robarles el sosiego y la tranquilidad que antes disfrutaban.

—Vamos, ¿y quién habla de eso ahora? Usted no debe dudar de que Elvira le quiere.

—No lo dudo.

—¡Ah!—exclamó Elvira, que aprovechó este instante para entablar una reconciliación;—si yo no le quisiera tanto!

—Ella—prosiguió María—estaría impaciente por la tardanza de usted, y usted le diría alguna palabra dura...

—¿Yo? No, señora; si fué ella la que empezó—dijo Gaspar.

—Fué usted—repuso Elvira.

—Vamos—dijo Alberto;—veo, querido Gaspar, que ha sido tuya la culpa. Sin respetos al dolor de tu ausencia, llegarías muy contento...

—¡Contento!—repitió Elvira,—¡y traía una cara como una fiera!

—Pues lo dicho, disculpo la indignación de Elvira.

—Vamos, ó yo me he vuelto tonto de repente, ó estoy soñando—dijo Gaspar; y en seguida, como apelando al buen juicio de María, añadió:—¿Pero usted no ve, señora?...

—Yo—contestó la esposa de Alberto haciendo esfuerzos para conservar su gravedad—veo que es usted la causa de todo, y que mi hermana ha tenido razón para enfadarse.

—Es inútil—añadió Alberto—que digas ya una palabra; tienes el pleito perdido.

—¡Es verdad!—respondió Gaspar.—¡Lo he perdido y, desgraciadamente, con costas!

—¡Qué dices!—exclamó Alberto.—¿Has perdido el pleito de veras?

—Por eso volví á casa de mal humor. ¿Hay algo extraño en esto?

—¡Pobre Gaspar!—murmuró María;—¡le tengo lástima! Y mi hermana, en vez de consolarle...

—Vamos—dijo Alberto,—acabemos: pide perdón á Elvira y no volváis á reñir; empieza el *yo pecador*, y tú, Elvira, dale la absolución.

La joven, encarnada como una amapola, alargó su mano á Gaspar, quien, desenojado ya, imprimió en ella sus labios.

—Ahora—prosiguió Alberto,—calma y prudencia, y puesto que está la tarde tan bella, salgamos á dar un paseo.

Las dos hermanas fueron á vestirse, y Elvira dirigió á Gaspar una dulce y placentera sonrisa.

Su carácter era malo, y estaba viciado además; pero su corazón era bueno, y cada instante se iba llenando más con la imagen de Gaspar, con aquella imagen serena, hermosa y leal.

IX

SIGUEN LOS VENDAVALES

Aquella tarde, gracias á la distracción del paseo, permaneció sereno y pacífico el horizonte de los dos prometidos esposos; el placer radiaba en la frente de Elvira, cuya hermosura estaba realzada por un elegante traje de *moaré* gris perla guarnecido de ricos encajes, y por un lindo sombrerito de blonda blanca, con ramos de pensamientos.

El lujo sentaba maravillosamente á Elvira; su estatura regular estaba en armonía con sus formas, de una perfección y gracia admirables; no era delgada ni gruesa; era esbelta, torneada, llena de armonía en sus proporciones; era, en fin, lo que prometía ser en los días de su infancia: una belleza completa.

María era más delgada, más diáfana, más suave; sus largos cabellos dorados guarnecían su frente con una gracia infinita; sus ojos azules, grandes, dulces y rasgados, estaban guarnecidos de largas pestañas de un color castaño claro; llevaba un vestido de seda azul celeste y un sombrero blanco como el de su hermana.

Si las dos jóvenes eran bellas, los dos hombres que las acompañaban eran dos modelos de perfección varonil, y la vista de su recíproca belleza

hacia murmurar de envidia á cuantos pasaban por cerca de su carruaje.

La tarde se pasó bien, porque la mutua satisfacción hacía brillar los ojos y vibrar en el alma de Elvira y de Gaspar la fibra dulce del amor y la áspera cuerda del amor propio; al volver á casa, todos parecían complacidos y dichosos.

Después de comer María propuso ir al teatro; su corazón estaba profundamente triste con la pérdida que habían sufrido sus intereses; pero había en ella bastante fortaleza para disimular su pena.

Aquella alma era tan noble, tan buena, tan hermosa, que deseaba sufrir sola y no ver padecer á los demás; siempre había preferido María el ajeno placer al suyo propio, y se sacrificaba sin pensar siquiera en que lo hacía.

Elvira fué de distinta opinión que su hermana, y la suya fué la que prevaleció, según era costumbre; se quedaron todos en casa, y María, después de cambiar de traje, mandó encender su lámpara, preparándose á pasar una velada agradable.

—¿Vamos á hacer un poco de labor, Elvira?—preguntó á su hermana;—yo estoy deseando adelantar todo lo posible las zapatillas que dedico á Alberto.

—¿Unas zapatillas?—preguntó Elvira;—si estamos á mitad de Marzo!

—Por lo mismo, se las bordo para verano; míralas: son de tafíete y cordoncillo de oro, con aplicaciones de terciopelo azul.

—¡Ah, qué bonitas!—exclamó Elvira;—¡qué buena idea has tenido!

Y la joven, al ver aquella linda labor, que sólo estaba principiada, sintió deslizarse en su corazón un vago deseo de lucir también su habilidad á los ojos de Gaspar, que miraba asimismo con expresión de envidia el regalo que se preparaba á su amigo.

—Vamos á trabajar—dijo á María;—yo proseguiré bordando mi cuello.

—Está muy bien. Alberto y Gaspar nos darán conversación entretanto, y á las once os obsequiaré yo con un excelente te; habrá en él pastas y dulces, y Curaçao para los caballeros.

—¡Magnífica idea!—exclamó gozoso Alberto, que se iba apegando cada día más á los dulces hábitos de la familia.

—¡Soberbia!—repitió Gaspar; pero no bien había pronunciado esta palabra, se entristeció su fisonomía. ¿De qué le servían el te, los dulces, el Curaçao, si después no podía fumar un cigarro?

Esta idea anubló todas las risueñas que residían en su cabeza desde el paseo de la tarde; y desde el momento que la concibió, extendióse un velo sobre su imaginación, que empezó á presentárselo todo lúgubre.

María tomó del cestillo de su labor una madeja de seda, y se puso á devanarla sobre sus rodillas.

Alberto se sentó á su lado y se puso á fumar,

en tanto que Gaspar le miraba con tristes ojos, enviándole la dicha de saborear un rico habano.

Embebecido en estas reflexiones, y casi sin saber lo que hacía, se inclinó hacia Elvira, que ya se había puesto á bordar con un afán algo impaciente, porque no podía sufrir que Gaspar dejase de ocuparse de ella un solo instante.

—Por Dios, querida Elvira—le dijo el joven dominándose todo lo posible para emplear su acento afectuoso,—no se vuelva usted á enfadar, que yo, por mi parte, le ofrezco no darle motivo para ello.

—¡Calla!—exclamó Alberto mirando á su mujer,—¿estás devanando sola tu madeja? Dámela y te ayudaré.

—¡Quita allá!—respondió María;—¡esto no es cosa de los hombres!

—¿Acaso me crees tan torpe?...

—No lo digo por eso; lo digo sólo porque no quiero mortificarte.

—¡Si yo tengo en ello mucho gusto! Dame, dame.

Alberto tomó la madeja y se puso á sostenerla.

—¡Qué bueno eres!—dijo María, mirándole con ternura.

—Me avergüenzas—repuso Alberto.—¿La tengo bien?

—Perfectamente.

—Pero ¡qué aprisa devanas! ¡Esto va por el vapor!

Gaspar, entretanto, al ver el mal gesto de Elvi-

ra, había sacado la petaca del bolsillo, y de ella un cigarro; pero esta acción había sido efecto de su inveterada costumbre de fumador, y casi maquinal, porque al mismo tiempo dijo á la joven:

—Ya verá usted cómo nunca vuelvo á darle motivos de disgusto.

—Veremos si cumple usted ese saludable propósito—respondió Elvira;—yo, por mi parte, lo celebraré infinito.

Su acento fué interrumpido por el chasquido de un fósforo que encendió Gaspar. Elvira se volvió hosca, irritada y echando fuego por los ojos.

—¡Me agrada!—exclamó.—¿Me está usted ofreciendo su enmienda al mismo tiempo que incurre en nuevas faltas?

—¿Qué dice usted?—preguntó Gaspar encendiendo el cigarro con toda tranquilidad.

—¿Y el cigarro?

Gaspar fijó en su habano los ojos asombrados.

—Con formalidad—dijo,—no sabía lo que estaba haciendo.

—¡Pues tírelo usted!

—¿Sabe usted lo que me ocurre?—continuó Gaspar, luchando entre su deseo de fumar y el de complacer á Elvira.

—¿Qué le ocurre á usted?

—Que si me permitiera que diera nada más cuatro... ó cinco... ó seis chupadas, ¡tal vez con eso se acostumbraría usted y hallaría grato este aroma tan delicioso!

—¡Dios mío, pero este hombre trata de volverme loca!—exclamó Elvira casi llorando de cólera.

—¡No fumaré!—gritó Gaspar tirando con rabia su cigarro.

Reinó el silencio algunos instantes; María y Alberto hacían como que no oían una palabra, y hablaban en voz baja, dando fin á su madeja.

—Y ahora—dijo Gaspar, que se aburría mucho de su forzosa inacción,—¿querrá usted que vaya un momento á mi cuarto á escribir unas cartas?

—¿A escribir?—repitió Elvira, tomando una madeja de algodón de bordar y empezando á prepararla para devanarla también;—¡esa no cuela!

—¡Elvira!

—Usted no me engañará con ese pretexto; ¡lo que usted quiere es fumar en su cuarto, solito y á su placer!

—Usted se equivoca—respondió Gaspar con la gravedad de un hombre ofendido;—yo quiero dar á usted gusto, y procuraré privarme de fumar para lograrlo.

—¡Bah, bah, palabras vanas!—respondió Elvira, que volvía á tocar en la grosería, verdugo de todas las ilusiones de los hombres.

—Para que esté usted tranquila—dijo Gaspar,—tome usted la petaca.

—Ni quiero la petaca, ni que escriba usted.

—¡Ya no hay paciencia!—exclamó Gaspar.—

¡Mire usted que en mi casa no saben aún que he llegado bueno, y lo que es más: no saben que he perdido el pleito!

—¿Y qué importa? ¡Más valiera que pensara usted en tenerme esta madeja!

—¡Cómo!—preguntó Gaspar admirado;—¿qué dice usted?

—Está usted viendo que no puedo devanarla sola, y usted... ¡nada!, ni siquiera por galantería se ha ofrecido á ayudarme.

—¿Pero usted quiere que le sirva de devanadera? ¡Eso es indigno de un hombre!

—Pues Alberto creo que no es mujer, y sin embargo...

—¡Qué miro! ¡Alberto también!—exclamó Gaspar volviéndose, al ver á su amigo que, con los brazos en cruz, sostenía la madeja de seda que devanaba María.

—¡Vamos! ¿Qué espera usted?—preguntó Elvira presentándole la madeja.

—¡Nada! Venga, señora—dijo Gaspar;—quiero cumplir la voluntad soberana de usted.

—¿Te cansas, Alberto?—preguntó María.

—No, por cierto—respondió aquél;—estoy así muy bien.

—¡No la tenga usted tan baja!—gritó Elvira irritada de la torpeza de Gaspar.

Éste alzó los brazos hasta por encima de su cabeza.

—¡Hombre, por Dios, que la va usted á enredar!

¡Si no está usted más quieto, no acabaremos en toda la noche!

—¡Es que ya no puedo más!—dijo Gaspar;— hace mucho rato que me tiene usted así, y estoy lleno de agujetas y dolores.

—¡Se le hace á usted el tiempo muy pesado!

—No es el tiempo, ¡es la posición lo que no puedo sufrir!

—¡Eh!—dijo María;— se acabó la tarea Alberto.

—Dos cartas para los señores—dijo en la puerta un criado, presentándose con una bandeja en la mano que contenía dos billetes cerrados.

Alberto, que era el que había acabado, en efecto, de tener la madeja, tomó el suyo.

—¡Es extraño!—exclamó;— ¡esta letra es de mujer!

—¡De mujer!—repitió María, cuyas mejillas se volvieron pálidas.

—¡Sí; mira!—respondió Alberto.

—¡Es verdad! ¿Conque esas tenemos?

Al pronunciar la joven estas palabras, su sonrisa era dolorosa; había conocido la letra, pero su prudencia y su dignidad pudieron más que su dolor.

—¡Vamos! ¿Quieres no ser niña?—dijo Alberto, á cuya perspicacia no se escapó lo que pasaba en el corazón de su mujer.

—Por mí no tengas reparo—repuso ésta;— puedes verla con toda libertad.

—No; ¡léemela tú!

—¡Qué ocurrencia!

—Te lo suplico.

—Hágase como tú lo deseas; escucha.

Y María, con la voz trémula, leyó lo que sigue:

«He sabido, querido amigo mío, que los negocios de usted van mal de algún tiempo á esta parte, y además, acaba de llegar á mi noticia la pérdida que ha sufrido usted hoy en la Bolsa; todo esto lo siento con el corazón, con este corazón en el cual el recuerdo de usted sigue ocupando tan privilegiado lugar; y como sé que la persona que vive á su lado no es capaz de comprender y partir su pena, le ruego que acuda á mí, no sólo para reponer los golpes de la fortuna, sino para que yo pueda inspirarle valor, á fin de que prosiga luchando con la suerte.

»Adjunta es una tarjeta con mis señas, y le aviso que estoy en mi casa los lunes y viernes hasta las diez, sólo para usted.

»Siempre suya é invariable,

CELIA, CONDESA DE LAS NAVAS.»

—¡Tiene un alma angelical esta mujer!—dijo María, al acabar de leer, con una amarga sonrisa.

—¡Oh, sí, muy sublime!—respondió Alberto;— es capaz de hacer dichoso á cualquiera; mas como yo lo soy ya, y mucho, no necesito para nada de sus consuelos y ofertas.

Alberto, dichas estas palabras con una naturali-

dad y entereza admirables, tomó la carta y la tarjeta adjunta y las rompió en menudos pedazos.

—¡Oh!—exclamó María echando los brazos al cuello de su marido;—¡cuán bueno eres y cuán generoso!

Entretanto, Gaspar, á quien Elvira había contenido hasta entonces con sus miradas de enojo, no pudo dominarse más, y tomó la carta que iba dirigida á él y que el criado le había dejado sobre el velador.

—¡Vamos!—dijo Elvira,—¡deje usted eso! ¡Cuando acabemos podrá usted enterarse mejor! ¡Que va usted á enredar la madeja!

—Cuidaré de evitarlo—respondió Gaspar, después de abrir la carta con mucha dificultad.

—¿De quién será?—se preguntó Elvira llena de sobresalto al ver el interés con que Gaspar la leía.

—Tira de la campanilla—dijo éste á Alberto,— porque yo estoy imposibilitado por la voluntad de Elvira.

—¡Qué lástima!—exclamó ésta; y luego, sin apartar los ojos de la carta que acababa de leer Gaspar, le preguntó:

—¿Escribe á usted algún amigo?

—No—respondió aquél.

—¿Alguna... amiga?

—Tampoco.

—¡Pues la letra es de mujer!

—¡Pues no hay tal!

—¡Sí, señor!

Un criado acudió al sonido de la campanilla. Gaspar se volvió hacia él.

—¿Está ahí el que trajo la carta para mí?—preguntó.

—Sí, señor; está esperando.

—Pues dile que dentro de un instante iré por allá.

—Es en vano—murmuró Elvira despechada al ver salir al criado;—¡es en vano que usted me oculte la verdad!

—Pero ¡si yo no oculto nada!—exclamó Gaspar, cuyo sistema nervioso se hallaba en un suplicio con aquella forzosa inmovilidad.

—¡Pues enséñeme usted esa carta!

—¡Después!

—¿Cuando haya usted vuelto de la cita?

—Sí, entonces.

—¡Es que no irá usted á ella!

—Pues no pienso faltar.

—¡Es que yo pienso oponerme á que usted vaya!

—¡No importa! ¡Iré de todos modos!

—¡Lo veremos!

—¡Lo veremos! ¡Eh! ¡No puedo tolerar ya por más tiempo tanta sujeción y tanta exigencia!—exclamó Gaspar olvidando completamente la prudencia, soltando la madeja que cayó sobre la falda de Elvira, y levantándose con ímpetu.

—¡Ni yo tampoco!—gritó ella ahogándose en llanto de ira.

—¡No tengo la culpa yo!—dijo Gaspar.

—¡La tendré yo!—repuso Elvira.

—¡Á no dudar!

—¡Si usted fuera más amable!

—¡Y si usted no fuera tan imprudente!

—¡Y si usted no fuera tan grosero!

—¿Pero no podéis vivir un momento en paz?—preguntó María apesadumbrada.

—¡Con este hombre es imposible!—respondió Elvira que se ahogaba, y que salió para ocultar sus lágrimas.

—¡Con su hermana de usted no puede ser!—concluyó Gaspar.

—Vamos, Alberto, pide el servicio del te—dijo María;—voy á ver si puedo atraer á mi hermana á la razón.

—Es inútil, señora—repuso Gaspar;—mañana me marcho á Granada en el correo; no quiero casarme; renuncio para siempre á encontrar mi sol de invierno, porque antes de hallarle de seguro me moriría cien veces.

—¡Qué estás diciendo!—exclamó Alberto admirado.—El matrimonio no es una enfermedad de tanto peligro.

—No lo sería—repuso Gaspar—si tu difunto cuñado se hubiese llevado al cielo todos los tabardillos.

FIN DE LA PARTE QUINTA

PARTE SEXTA

CELIA

Viajero, tú que errando como una nube de cielo en cielo sigues el instinto del placer ó el impulso de la necesidad, ¿dónde vas tan lejos? ¿No estás al fin de tu viaje?

VÍCTOR HUGO.

¡Así, al ver los dolores de la muerte, el alma cristiana se depura en un crisol; así se despoja de lo que hay de terrestre en todas sus afecciones!

ALFONSO DE LAMARTINE.

I

DESALIENTO

Dos días después de la última reyerta de Elvira y Gaspar se paseaba por su cuarto Alberto, solo y meditabundo.

Sus hermosos ojos, abatidos y rodeados de un círculo morado, decían claro que había dormido muy poco durante la noche anterior; y, en efecto, apenas había podido conciliar el sueño por algunos instantes, y esto ya cerca del alba.